

País de Jauja, edición definitiva

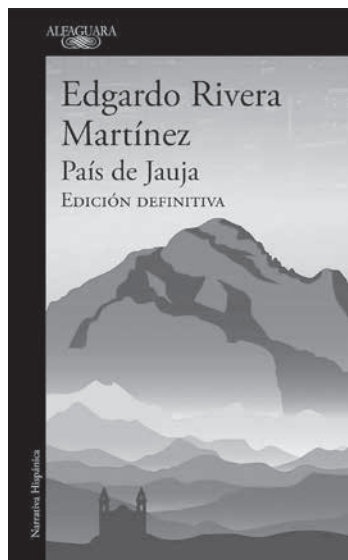
HAYDITH VÁSQUEZ DEL ÁGUILA
Pontificia Universidad Católica del Perú
a20193883@pucp.pe

Hay novelas que están destinadas a ser extraordinarias y dejar una huella imborrable en los lectores. Es el caso de *País de Jauja* (1993) de Edgardo Rivera Martínez (1933-2018), obra cuyo universo narrativo desarrolla la idea del sentir peruano, a partir de su música: “la música andina era, a pesar de su gran diversidad, una sola, porque uno solo era su espíritu...” (p. 240).

Desde el año de su publicación, *País de Jauja* fue elogiada por la forma sutil en que abordaba el dilema de la identidad en el Perú. El carácter mestizo de sus personajes abría las puertas a la cultura andina y occidental integradas en una tensión armónica. Pero, además, la novela hizo conocer la cultura jaujina de los años cuarenta, el acontecer diario de una ciudad apacible no exenta de carnavales, costumbres y danzas, en la mirada soñadora del protagonista, Claudio Ayala Manrique, un adolescente de dieciséis años, quien rompe con la visión estereotipada que se tiene del mundo andino, descrito siempre como duro y doloroso.

Jauja aparece como una ciudad cosmopolita, dentro de sus límites, andina de origen, y escogida por su clima templado para la convalecencia de enfermos de tuberculosis. Así, peruanos y extranjeros llegan a la ciudad buscando una cura. En ese sentido, Jauja puede representar la nación posible, el espacio para una convivencia plena, el lugar de entretenimiento cultural donde la tradición andina se abre a la modernidad. El país de Jauja, el título de la novela, según contó el autor, hace referencia a una leyenda de origen medieval que surgió en Europa: Isla de Jauja. Un mítico lugar, asociado a la felicidad y al descanso, donde los alimentos estaban a disposición de quien quisiera tomarlos.

Las vacaciones del colegio, previas al último año de secundaria del imaginativo Claudio, son el escenario ideal para conocer sus aventuras e inquietudes artísticas. Es pues un muchacho sensible, virtuoso del piano que practica con



País de Jauja
Edición definitiva
Edgardo Rivera Martínez
Alfaguara
Lima, 2022, 623 pp.

libros de estudio de Carl Czerny, y toca melodías de Mozart, Beethoven, Haydn, Bach, Schubert. A la vez, es un gran cultor de la música tradicional peruana. Interpreta composiciones de Carlos Valderrama Herrera, Daniel Alomía Robles y José María Valle Riestra. De esta manera, la música es el telón de fondo de esta historia y la señal de continuidad del mundo que ama Claudio.

A este mundo se suma un coro de personajes locales: el peluquero Cristóforo Palomeque, con su racismo insolente; Mitridates, empleado del mortuorio y tísico en recuperación; las señoritas Euristela e Ismena de los Heros, tías abuelas de Claudio, guardianas de recuerdos en la puna y de diálogos con el pasado; Fox Caro, el artesano de ataúdes y líder de un movimiento esotérico. Mientras que la familia nuclear del personaje está compuesta por la madre, una discreta costurera, quien lo inicia en la música, y con quien transcribe al piano huaynos, yaravies y mulizas; Laura, la hermana, estudiante

de pintura, en Bellas Artes; Abelardo, el hermano mayor, bibliotecario municipal quien le presta libros y lo inicia en la lectura de los poemas épicos de la mitología griega; y la tía Marisa, profesora y dueña de un sarcasmo que exaspera.

Pese a las diversas similitudes que hay entre el escritor y el protagonista no estamos ante una novela autobiográfica, sino, una novela de aprendizaje. Claudio, a medida que avanza la trama, sufre una transformación de la que el lector es testigo. Hay puentes entre el pasado y el presente, entre el adulto y el adolescente. La disyuntiva de su propia vocación: la música o la literatura, la complicidad con sus amigos, el despertar sexual, el asombro ante la belleza que lo rodea y el amor.

Rivera Martínez transmite con maestría el nacimiento del afecto en el joven Claudio, que se conjuga en tres musas: Leonor, la niña de Yauli, que le despierta una inusual ternura, y a quien suele comparar con la flor de sullawayta de nieve y escarcha, que nos remite a los mitos andinos de los amarus; la admiración idealista por la bella Elena Oyanguren, huésped del sanatorio de Jauja y a quien suele comparar con Helena de la *Iliada*; y la sensual viuda Zoraida Awapara, quien encarna el deseo sexual del adolescente.

La reciente edición de *País de Jauja*, Edición definitiva (2022), es un buen pretexto para volver a esta novela fundamental de la narrativa peruana. Rivera Martínez propone un mestizaje feliz, sin que ello signifique dejar de cuestionar el conflicto de la identidad nacional. Los personajes (y los lectores con ellos) deciden confrontarse, a través de la reflexión y el arte. Escrita con una prosa de gran aliento lírico, el libro mismo es un país, una nación de hombres y mujeres diseminados por los distintos territorios de la patria, pero vinculados por el origen común y herederos de la misma historia. Esta edición incluye un dossier fotográfico del autor y comentarios críticos de Françoise Aubès, César Ferreira y Jeremías Gamboa.